

S. Juan Crisóstomo

EL más grande de los oradores de la Iglesia griega nació en Antioquía en el año 354 y murió en Comana, ciudad del Ponto, el 14 de septiembre del año 407. Boca de oro y corazón de fuego. Auténtico pastor de las almas de sus fieles. Testigo insobornable de la verdad. Perseguido por su franqueza y muerto en el destierro.

“La mayoría de sus discursos, dice ALTANER, y en general sus obras son Homilias, frecuentemente recogidas por taquígrafos y publicadas después; en parte son probablemente oraciones solamente escritas, que nunca llegaron a pronunciarse” (*). Sobre el evangelio de San Mateo tiene 90 homilias, que predicó, según todos los indicios, en Constantinopla entre los años 390 y 398.

Seleccionamos unos párrafos inflamados (como la mayoría de los suyos) de la homilía 50, sobre Mt. 14,23ss. Precisa Crisóstomo, con un criterio netamente cristiano, el sentido que debe tener el adorno y el lujo en los templos. No es reprochable. Pero hay obligaciones más urgentes para con los templos vivos de Cristo, que son los pobres.

Es frecuente pretender disminuir el alcance de las frases de Crisóstomo, diciendo que se trata de “arrebatos oratorios”. Y no negamos el arrebato. Pero tampoco creemos que exagere la verdad quien la dice con el corazón en los labios. Ni el que habla como maestro de vida cristiana en serio, más que como casuista atento a fijar las fronteras del pecado. Que también al pecado se puede llegar en la materia.

Subrayamos la insinuación bellísima del orador: el mismo Señor que, con su palabra, transforma el pan en su cuerpo, transforma, con esa misma palabra, al pobre en su propia persona. Y esta maravillosa transformación es la que da su sentido más profundo a la caridad cristiana y la que le impone las exigencias más imperiosas (**).

(*) ALTANER, *Patrología*, 3.^a ed. Espasa Madrid, 1953, pág. 252.

(**) Tomamos el texto de la Homilía 50, Mt. 14, 23ss. «Homilias sobre San Mateo» Versión de Daniel Ruiz Bueno, BAC, tomo 146 (II de San Juan Crisóstomo) Madrid 1956, pág. 80-84.

...Y no pensemos que basta para nuestra salvación presentar al altar un cáliz de oro y pedrería después de haber despojado a viudas y huérfanos. Si quieres honrar este sacrificio, presenta tu alma, por la que fue ofrecido. Esta es la que has de hacer de oro. Mas si ella sigue siendo peor que el plomo o que una teja ¿qué vale entonces el vaso de oro? No miremos, pues, solamente de presentar vasos de oro, sino veamos si proceden de justo trabajo. Porque más precioso es lo que nada tiene que ver con la avaricia. La iglesia no es un museo de oro y plata, sino una reunión de ángeles. Almas son lo que necesitamos, pues por las almas quiere Dios los vasos sagrados. No era de plata, en la última cena, la mesa aquella, ni el cáliz en que el Señor dio a sus discípulos su propia sangre. En cambio ¡qué precioso era todo aquello y qué venerable, como lle- no que estaba del Espíritu Santo! ¿Queréis de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consintáis que esté desnudo. No le honréis aquí con vestidos de seda y fuera le dejéis perecer de frío y desnudez. Porque el mismo que dijo *Este es mi cuerpo*, y con su palabra afirmó nuestra fe, ése dijo también: *Me visteis hambriento y no me disteis de comer*. Y: *En cuanto no lo hicisteis con uno de esos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis*. El sacramento no necesita preciosos manteles, sino un alma pura; los pobres, empero, sí requieren mucho cuidado. Aprendamos, pues, a pensar discretamente y a honrar a Cristo como El quiere ser honrado. Porque para quien es honrado, la honra más grata es la que El mismo quiere, no la que nosotros nos imaginamos. Pedro imaginaba honrar al Señor no consintiéndole que le lavara los pies, y eso no era honra, sino todo lo contrario. Tribútales el honor que El mismo mandó por ley, empleando tu riqueza en socorrer a los pobres. Porque Dios no tiene necesidad de vasos de oro, sino de almas de oro.

Al hablar así, no es mi intención prohibir que se hagan semejantes ofrendas. Lo que pido es que, juntamente con ellas, y aun antes que ellas, se haga limosna. El Señor acepta ciertamente las ofrendas, pero mucho más la limosna. En un caso, sólo se aprovecha el que da; en el otro, el que da y el que recibe. En las ofrendas puede tratarse sólo de asuntos de ostentación en la limosna la caridad lo es todo. ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena toda de vasos de oro, si El se consume de hambre? Saciad primero su hambre y luego, de lo que os sobre, adornad también su mesa. ¿Haces un vaso de oro y no le das un vaso de agua fría? Y ¿qué provecho hay en que recubráis su altar de paños recamados de oro, si a El no le procuráis el necesario abrigo? ¿Y qué ganancia hay en esto? Dime, en efecto: si viendo a un desgraciado falto del necesario sustento, le dejarás a él que consumiera su hambre y tú te dedicarás a recubrir de oro la mesa ¿es que te agradecería el beneficio o se irritaría más bien contra tí? Pues ¿qué si, viéndole vestido de harapos y aterido de frío, no le alargaras un vestido, y te entretuvieras, en cambio, en levantar unas columnas de oro, diciéndole que todo aquello se hacía en honor suyo? ¿No diría que te estabas burlando de él y lo tendría todo por supremo insulto? Pues piensa todo eso sobre Cristo. El anda errante y peregrino, necesitado de techo; y tú, que no le acoges a El, te entretienes en adornar el pavimento, las paredes y los capiteles de las columnas, y en colgar lámparas con cadenas de oro. A El, empero, no quieres ni verle entre cadenas en las cárceles. Al hablar así, repito, no es que prohíba que también en el ornato de la Iglesia se ponga empeño; a lo que exhorto es a que juntamente con eso, o, más bien, antes que eso se procure el socorro de los pobres. De no haber hecho lo primero, a nadie se culpó jamás; por lo otro, empero, se nos amenaza con el infierno, con el fue-

go inextinguible y con el castigo entre los demonios. Mientras adornas, pues, la casa, no abandones a tu hermano en la tribulación, pues él es templo más precioso que el otro. Además, todos esos tesoros se los pueden llevar los reyes infieles, los tiranos y los salteadores; mas cuanto hagas por tu hermano hambriento, peregrino o desnudo, ni el diablo mismo te lo podrá arrebatar, pues lo guardas en tesoro seguro.

Entonces ¿cómo es que El mismo dice: *A los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis?* Porque justamente la razón porque hemos de hacer más limosna es porque no siempre le hemos de tener a El hambriento, sino en la presente vida. Por lo demás, si queréis saber el sentido exacto de las palabras del Señor, escuchadme. Estas palabras, aunque así lo parezca, no fueron dichas por los discípulos, sino por la flaqueza de la mujer que ungió al Señor. Y es que, como era aún imperfecta y los discípulos la molestaban, con el fin de ganarla, dijo el Señor lo que dijo. Porque que así habló para consolarla, lo prueba lo que luego añade: *¿A qué fin molestáis a esta mujer?* Y que El está siempre con nosotros lo afirma El mismo: *Mirad que yo estoy con vosotros*

todos los días hasta la consumación de los siglos. De todo lo cual se sigue evidentemente que no por otro motivo dijo el Señor aquellas palabras sino porque quería que la reprensión de sus discípulos no marchitara la fe de aquella mujer, que estaba entonces brotando.

No saquemos, pues, a relucir lo que fue dicho por particular dispensación del Señor; leamos más bien las leyes todas que sobre la limosna se nos han dado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y pongamos el mayor ahinco en su cumplimiento. La limosna llega hasta a purificarnos de los pecados: *Dad limosna* —dice el Señor— *y todo será para vosotros puro* La limosna es superior al sacrificio: *Misericordia quiero, no sacrificio.* Ella nos abre los cielos: *Porque tus oraciones y tus limosnas fueron recordadas en el acatamiento de Dios.* La limosna es más necesaria que la virginidad, pues así fueron las vírgenes fatuas echadas de la sala de bodas y así fueron admitidas las prudentes. Sabiendo, pues, todo esto, sembremos generosamente, a fin de cosechar con mayor abundancia y alcanzar los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos. Amén.